

una verdadera novela, podando su final; porque el autor domina el lenguaje y sabe maquillar su estilo y fantasía.

El público debe recibirla, viendo en ella una humana lección. Y la crítica en sus rasgos literarios, debe despojarse de su frialdad para juzgarla. Primera vez que el autor atraviesa el campo de la literatura seria y profunda. Y ha querido empezar con un grito de verdad, con una novela corta, como los años de los niños, pero su destino futuro de novelista balbucea con energía. Crecerá también, como Julián, y cantará como los niños llenos de vida.--HÉCTOR CRESPO.



<https://doi.org/10.29393/At299-17MJCD10017>

MAALESH. JOURNAL D'UNE TOURNÉE DE THÉÂTRE, por *Jean Cocteau*.

(Ed. N. R. F.).

Durante nuestra reciente residencia en Egipto, fuimos testigos del trepidante paso por El Cairo de Jean Cocteau, al frente de una excelente compañía teatral encabezada por Jean Marais. Durante varios días, los diarios, revistas y radios cairotas se vieron y se desearon para no perder alguna de las infinitas actividades desplegadas por Cocteau: representaciones teatrales, conferencias, recepciones, firma de libros... Cuanto, en suma, pueda imaginar el propagandista más desenfrenado, pero naturalmente matizado por el gran talento de Cocteau y su innegable «savoir faire». Como reflejo de aquella «tournée», que dejó excelentes recuerdos en Egipto—y seguramente en los otros países a que se extendió—, ahora nos llega este «diario», que constituye, a su vez, una formidable propaganda para Egipto. ¡Elegante manera de retribuir las infinitas atenciones recibidas por Cocteau en su visita al Cairo y Alejandría!

Cocteau, con su agudo sentido de los pintoresco, ha encabezado el título con la transcripción de una de las palabras árabes que con más empecida insistencia resuena en los oídos del turista que no entiende el idioma del país: «maalesh», es decir, «no importa», «no se preocupe»... En cuanto se pasa media docena de días allí, efectivamente, comprendéis que hay cuatro o cinco vocablos—llave que, por lo mismo, reflejan maravillosamente el ambiente popular, la idiosincracia de la masa anónima: «maalesh»; «ana mali» («no es cuenta mía», «no me incumbe»); «mafish» («se ha terminado», «no hay», «hemos acabado»); y—por desgracia—«bakchis» («la propina»), que es la que se repite más... Si agregamos a ella «bukra» (mañana), habremos dado un paso substancial para empezar a entendernos con el «rotito» cairota, cuya psicología peculiar le induce a seguir al pie de la letra aquel refrán que, con donosura magnífica, oímos por primera vez hace años en Santiago: «no hagas hoy lo que puedas dejar para mañana». ¡En todas partes «se cuecen habas», y, a este respecto, las «pucheradas» del Cairo son del tamaño de las ollas que los judíos añoraban en el desierto!

Escrito con extraordinario sentido del humor, Cocteau salta en su libro de un tema a otro como un auténtico funámbulo, logrando una tan dinámica como cumplida pintura del ambiente que al propio tiempo su diario constituye también un valioso testimonio. Desde luego, no hay manera—ni necesidad—de seguir paso a paso las encantadoras páginas de este «hjournal». Su gracia y su valor se perderían inevitablemente en el extracto. Baste decir que agotado Egipto—esto es, El Cairo, Alejandría, Menfis, Karnak, Luxor, el Valle de los Reyes...—la tropa pasa al Bósforo, para actuar en la Istambul de hoy, tan distinta de la Estambul-Constantinopla de Loti. El recuerdo del gran viajero es evocado en las sentidas páginas de la peregrinación a Eyoub, en pos de las huellas del poeta, cuyo reciente centenario ha sido tan festejado en Francia. Y, tras la destronada capital turca,

el salto aéreo hasta Atenas, que da ocasión a Cocteau para otra magnífica proyección de Grecia.

Un libro encantador, en suma, de asombrosa vivacidad y de inusitada fuerza de sugestión.—C. DE B.



LE LIVRE (LES PLUS BEAUX EXEMPLAIRES DE LA BIBLIOTHEQUE NATIONALE). (Les Editions du Chene, París).

Con la magnífica presentación que el caso requería, he aquí una obra que hará las delicias de todo buen bibliófilo, en los diversos matices del término. Incluida dentro de la prestigiosa colección «La Tradición francesa», dirigida por André Lejard, comprende, además de una completa bibliografía, las siguientes secciones, que creemos conveniente detallar para dar mejor idea de la importancia excepcional del libro:

*Los Manuscritos*, por Émile A. Van Moe, del Gabinete de manuscritos de la Biblioteca Nacional de París;

*El Libro en los Siglos XV y XVI*, por Robert Brun, Conservador de la Biblioteca Nacional;

*El Libro en los Siglos XVII y XVIII*, por Jacques Wilhelm, Conservador del Museo Carnavalet;

*El Libro en el Siglo XIX*, por Paul-Henri Michel, Conservador-adjunto de la Biblioteca Mazarino;

*El Libro en El Siglo XX*, por Jacques Guignard, Conservador-adjunto en la Biblioteca Nacional;

*La Encuadernación*, por Robert Brun.

El texto va ornado con 181 ilustraciones—23 de ellas en colores—de una ejecución tan impecable que ha de satisfacer al gusto más exigente. Por lo mismo, es de justicia destacar la magnífica impresión conseguida por la Imprenta Kapp, de Vanves (Sena); la compaginación de Guiton Chabance; los clichés,